

Venid, ved las obras de Jehová, Que ha puesto asolamientos en la tierra. Que hace cesar las guerras hasta los fines de la tierra. Que quiebra el arco, corta la lanza, Y quema los carros en el fuego. Estad quietos, y conoced que yo soy Dios; Seré exaltado entre las naciones; enaltecido seré en la tierra. Jehová de los ejércitos está con nosotros; Nuestro refugio es el Dios de Jacob. (Sal 46:8-11)

Cuando tenemos en cuenta que el Señor Jesús dijo: *Y la Escritura no puede ser quebrantada* (Jn 10:35), después de haber citado el Salmo de Asaf (Sal 82:6), sin duda hemos de aceptar que las declaraciones encerradas en las líneas del encabezado tampoco pueden ser quebrantadas, las cuales a todas luces nos muestran un marcado contraste en el modo de proceder de Dios para con los hombres, y que tienen el propósito de hacernos entender que nada de lo que acontece en la tierra está fuera de su dominio ni de su voluntad; estando así persuadidos, no tenemos otro camino más que buscar que su Espíritu nos revele cómo hemos de aplicarlas en nuestra vida, tanto individual como colectiva.

Esta palabra comienza con un llamado a mirar la mano de Dios en todo lo que nos rodea, porque sabe bien él que somos dados a atribuir las causas de los acontecimientos a cosas fortuitas, arrastrados por el humanismo, haciéndolo ver a Dios como el que echó a andar la historia humana, pero que no tiene control sobre su curso. No es posible ignorar que a través de más de un profeta Dios se encargó de decirnos todo lo contrario; como ejemplo, por medio de Isaías nos dice: *...que formo la luz y creo las tinieblas, que hago la paz y creo la adversidad. Yo Jehová soy el que hago todo esto* (Is 45:7).

Por esto, es que en primer término el salmista dice: *Que ha puesto asolamientos en la tierra*; asolamiento quiere decir ruina, devastación, destrucción; y cuando, con honestidad hacemos balance, hemos de aceptar que es el mismo hombre el mayor destructor de su entorno, y el más trágico modo de hacerlo es por medio de la guerra, la cual es la manifestación de la locura autodestructiva; en tiempos remotos era cuerpo a cuerpo, hoy es desde lejos echando mano de la inteligencia tecnológica con mayor poder destructivo; este es el asolamiento ancestral que Dios ha permitido y que será el segundo paréntesis que cerrará la historia: El armagedón.

Pareciera, pues, que la guerra es un mal necesario; que deja ver dos tipos de hombres, los de paz y los violentos; los que aman la paz buscan construir, los violentos, pretextos para destruir. Por causa de los hombres de paz es que Dios mete su mano en la historia para hacer cesar las guerras, trastornando la inteligencia de los violentos, porque está visto que la violencia infecta a las mayorías y los hombres de paz aparecen siempre como víctimas; y cuando vienen tiempos de paz en lugar de cultivarla pareciera que esas mayorías hacen preparativos para la siguiente guerra, y para justificarlo argumentan que son estrategias disuasivas; no acabamos de aprender que la paz no se estaciona, que su dinamismo es tal que, si la descuidamos, la guerra ocupa su lugar. Algo que nos pasa desapercibido es que el germen de las guerras bélicas no está en el trato de nación con nación, sino de individuo a individuo, por eso es que Santiago dice: *¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros?* (Stg 4:1). Si tuviéramos el tino de resolver esto en lo individual no tendríamos estos desastres colectivos; hoy con suma facilidad se dan los pleitos conyugales, las confrontaciones entre padres e hijos, amotinamientos callejeros, y en suma una actitud urbana que vive a la defensiva; en medio de todo esto, Dios conoce bien a los pacificadores, por causa de los cuales dice: *Estad quietos, y conoced que yo soy Dios; y entonces su paz, que sobrepasa todo entendimiento nos hace exclamar* (Fil 4:7): *Jehová de los ejércitos está con nosotros; nuestro refugio es el Dios de Jacob*. No obstante que oigamos con mayor intensidad los cascos del caballo bermejo, cuyo jinete viene con poder para quitar la paz de la tierra; nosotros hemos de permanecer ejercitando la justicia, porque la paz huye frente a la injusticia, pero mantiene un romance con la justicia; por eso es que el salmista dice: *La misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron* (Sal 85:10). Que mi Señor mantenga gobernados nuestros corazones con su paz (Col 3:15), y sepamos vivir con sabiduría en medio de estos tiempos de rumores de guerras (Mt 24:6), esperando con paciencia ver cómo Su nombre ha de ser enaltecido en la tierra.

Tu hermano el predicador

Fernando H. Nava.